



LA SERENIDAD
Y LAS PALABRAS

Miguel A. Castro

LA SERENIDAD
Y LAS PALABRAS



Primera edición: febrero de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miguel A. Castro

ISBN: 978-84-18663-12-3

ISBN digital: 978-84-18663-13-0

Depósito legal: M-4695-2021

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Carmen, que una vez estuvo conmigo
en Montederramo.
Para Marcos, en tu juventud
y hacia tu madurez.*

CAPÍTULO 1.

MONTEDERRAMO

Esta no es la historia de cómo la perdí. Es la historia de cómo la encontré. Todas las historias tienen un principio y un final. También la Historia tendrá un final, único e imprevisible. En el curso de la vida, vivimos muchos finales, y nunca nos acostumbramos a ninguno. Vivimos para ver cómo se terminan los hechos, los encuentros, y hasta los sueños. Empecé a soñar cuando tuve uso de razón, y no he dejado de hacerlo hasta hoy. Los sueños alimentaron mis años infantiles, mi adolescencia, y están ahora en mí con la intensidad de los actos certeros. Dijeron muchas veces que fui un niño solitario. No es verdad del todo. La soledad nutrió mi imaginación y mi imaginación nutrió mi soledad. Ambas, como velos envolventes, me forjaron, callado y tímido, de pocas palabras decía mi madre, y me llevaron casi con un fervor religioso a descubrir, en temprana edad, la alquimia de los libros. La lectura, lo comprendí enseguida, suspende el tiempo, y relega al que lee a un olvido sin pizca de olvido. Y a pesar de ello, no podía zafarme de la barahúnda que provocaban mis hermanos y mis primos, en los corredores de mi casa, en Montederramo. Y me dejaba llevar, en las chanzas, en las correrías, que nos llevaban a internarnos en el bosque de pinos, más allá de la huerta, en pos de pájaros y de ardillas, hasta sentarnos, fatigados, en un claro, donde mi hermano urdía cuentos de aparecidos, y de extraños paseantes nocturnos, despertando mis temores infantiles, tanto que para volver me agarraba a la mano de

mi hermana, receloso de las ramas, de la luz que menguaba, del apresurado paso que llevábamos, como huyendo de una legión de sombras. En el jardín nos esperaba siempre, mi abuela. Nos oía acercarnos, alborotados, surgiendo entre los árboles, en desordenado tropel, y ella allí, al lado de sus rosales, paciente, acogiéndome, borrando de un gesto, las historias de difuntos.

Fue breve el tiempo que conviví con mi abuela. Alumbró los estíos de mi niñez, en los que la acompañaba tantas veces al pueblo, o me sentaba cerca mientras cuidada las flores de su pequeño jardín, con tanto mimo, diciéndole a mi madre que cortase dos gladiolos amarillos para poner en su mesilla de noche. Era apacible, tanto que la imaginaba sentada día tras día en el banco de piedra, frente al huerto, cuando sus hijos y sus nietos dejaban Montederramo cada septiembre, ocupada en contemplar el paso de las estaciones, las luces cambiantes, las boscosas laderas de los montes, las sombras de los caminos y sus laberintos. Así se me apareció tantas veces en la memoria, ya de adulto, incluso en sueños recurrentes.

En aquellos finales de verano, al llegar septiembre decía, mis primos, mis tíos, dejaban la casa. Nosotros permanecíamos, junto con mis padres, unos días más. Se instalaba entonces, en derredor, un vacío, una quietud casi antinatural. De golpe faltaban voces, alborotos, pasos por los pasillos, discusiones infantiles en las comidas, pullas por sentarse unos aquí otros allá. Era el momento en el que yo, solitario y mudo, recorría las estancias de arriba a abajo, contemplándolas en su silencio como si todavía en ellas pululase la vida. Y si en algún rincón había quedado, olvidado, un frasco de colonia, la oía, los ojos cerrados, y evocaba los ojos de mi prima Sara, su contorneo infantil cuando corría delante de mí, o su último beso, a veces en la penumbra lóbrega de un desván. Tan inocente, tan perversa, tan apegada a Montederramo como Montederramo a ella, los olores mezclados, sus manos que cada noche olían a pétalos de rosa.

Todavía está, tal como era entonces, la habitación al fondo del pasillo en la que dormíamos. Las mismas paredes pintadas de blan-

co, los mismos muebles pesados, antiguos, oscuros, y la ventana con la cortina color alabastro. Allí nos acostaba mi madre dejando encendida la luz de la mesilla, tremolante como una vela, tapados con una sábana que pronto Sara enredaba en sus pies, inquieta, removiéndose en la noche pesada, hasta que se dormía apoyada sobre mí, su pierna sobre mi vientre, despertándome a cada rato, pasándome la mano por el rostro, que yo quitaba, inútilmente. Sin que supiera por qué lo hacía, cada noche, recogía de los rosales del jardín, las hojas caídas, recolectándolas con pulcro cuidado, guardándolas en una pecera que un día estuvo llena de chocolates. La colocaba en el alféizar de la ventana, donde dormíamos, y rociaba los pétalos con agua. Cuando la casa estaba en silencio, cuando todos dormían, hundía los dedos en el cristal, y se oía el ruido de las hojas, blandas, como si aún se debatieran en la brisa, avivándose el aroma, intenso, como si una mujer translúcida entrase en el cuarto, desde el bosque, impregnada de lluvias y de flores. Sara volvía entonces junto a mí, silenciosa, introduciendo su mano en mi pijama, a la altura del pecho, húmedos sus dedos, y hablaba en sueños, sin que supiera jamás lo que decía, sin que supiera jamás qué soñaba.

La biblioteca de Montederramo casi siempre sola, con aroma de cera, iluminada por penumbras perpetuas, su puerta cerrada, los cuadros con retratos austeros, y la alfombra sobre la que me tumbaba, como haría hoy si estuviese allí, a oír sin escuchar las conversaciones de mi padre y de mi abuelo. La habitación que imponía respeto, que ofuscaba con los libros ordenados, con los documentos amarillos en los estantes, con la multitud de papeles de mi abuelo, la mayoría de los cuales desaparecieron cuando murió. La habitación en la que Sara no entraba a buscarme. Mi visión de la estancia, tumbado en el suelo, la proyectaba hacia lo alto, como si los libros se sucedieran, remotos, en hileras e hileras, y muchos años después volvería a contemplarla así, lejos de ella, al leer a Borges, el único hombre que, se sepa, soñó una biblioteca infinita.

En el único sofá, en una esquina, junto a la ventana, mi abuelo me sentaba en sus rodillas. De pocas palabras, pero de gesto afable,

no solía mostrar con sus nietos excesivas ternuras. Pero en la biblioteca, conmigo, algo lo conmovía en su vejez taciturna. Permanecía en silencio, ensimismado, musitando de tanto en tanto palabras que no iban dirigidas a mí, aunque, mirándome de pronto, los ojos hundidos, desvaídos, me hablaba de tal cosa, interesándose por mis juegos, por mis correteos junto a los otros, y, enigmático, me preguntaba si me fijaba en el halcón que sobrevolaba el bosque, rumbo al valle. No fueron aquellos los únicos momentos de felicidad que sentí junto a él. Una felicidad que me proporcionaba su estrecha cercanía, su interés hacia mí, en la habitación enseñoreada por los libros.

Cerca de nuestra casa, hacia poniente, había una ermita de encajados muros, con rejas en las estrechas ventanas como rendijas. Unos escalones de piedra, rústicos, salvaban el desnivel hasta ella. Un arroyo de escaso caudal, repicaba, como una caja de música, discurriendo de norte a sur. Abundaban los robles, el laurel, y en el camino de zahorra hacia el pueblo, el espino albar. Permanecía cerrada a cal y canto todo el año. Cada mes de junio, en el solsticio, abría las puertas y acudían los fieles en romería. Mis abuelos nos llevaban por el sendero, casi en fila. Sara correteaba alborozada, una violeta en la mano, como un cisne con el cuello erizado, empujándome hacia las veredas, y agarrándose a mí al llegar a la escalera, se abría paso, hacia el único puesto de manzanas de caramelo. Mi abuelo me alzaba hacia las ramas de los árboles, cubiertas de líquenes, donde el rocío empapaba los jirones de tela, exvotos colgados aquí y allá, ofrendas de los peregrinos, ennegrecidos por el invierno, promesas y deseos abandonados en el aire, entre los que, con mis dedos de niño ataba, un pañuelo diminuto que mi abuela pasaba antes por sus labios. Al alejarnos, desde el camino, dejando atrás el bullicio de los romeros, sus gaitas, sus botas de vino, sus voces altas, veía la maraña arbolada moteada de blanco y de gris, y el perfil de la ermita, en una brisa extrañamente quieta, la estampa que se grabó en mi mente, azarosa y perenne, de San Juan de Rosas.

Sería ingrato por mi parte no reconocer que fue a mi abuelo a quien le debo, Dios lo tenga en su gloria, el descubrimiento del amor. El amor que llegaría con todas sus incertidumbres, con sus iras, con sus noches de insomnio, con su azúcar negra derretida, ese sentimiento montaraz, esa águila que agita el alma y nos hace mirar, incautos y desprevenidos, hacia lo alto. Quisiera que callaran, ahora, en esta noche tibia, los escribas. Que no pregunten y que dejen, por un momento, el estilo. Que cierren los ojos quienes miran los dados del porvenir. Que me den la espalda, los callados y silenciosos. Vivía mi tío Anselmo, carpintero de profesión, en la calle Herreros, la que tan bellamente cimbrea, ascendiendo, desde la calle Amargura hasta la Plaza de Abastos. Su taller, en la planta baja, olía a madera destruida, a virutas retorcidas, y en el ventanuco velado por la suciedad y la niebla de Montederramo, imaginé siempre, en mi niñez, que habría de aparecer un rostro insólito. Si nos gustaba visitarle era porque el edificio de tres plantas se convertía en un laberinto de escaleras y corredores, y de puertas que abrir y cerrar, y porque, bajo el tejado, en una habitación desnuda, arremolinados como insectos bajo la bombilla, discurrían historias imposibles, amparados en el aire solitario y escueto de la habitación cerrada. Le pedía a mi hermano que me aupara hasta la ventana para asomarme, más mal que bien, a la tarde que declinaba, y miraba los tejados macilentos, salpicados de musgo y humedad, y por encima de las calles quebradas, la línea austera del monasterio, el anaranjado centenario a dos aguas de las tejas, el sólido campanario triste y mudo como los parroquianos de la taberna. Y un poco más allá, si se permite a los ojos divagar, se perderán las pupilas en el arranque de los montes, esa confusión de árboles y de madre selvas, y de fuentes cegadas hace siglos, y de caminos solitarios y profundos que conducen a la Ribeira Sacra, habitada por espíritus. Hacia allí, en un camino blanco como recién pintado, tras una verja de lustrosos colores, hay una casa que todavía existe hoy. Me hubiera gustado saber escribir la historia de todos los que alguna vez allí vivieron. Tal vez ya no tendría tiempo de hilar,

trabajosamente, la urdimbre de sus habitantes, de sus destinos, de sus partidas y sus arribos. Para mí, que habito el tiempo como cualquier otro, todo se reduce a las dos únicas veces que entré tras aquella puerta, de la mano, dicho sea de paso, de mi abuelo. Desconozco quién era el hombre grande que nos hacía pasar al salón iluminado por la increíble luz natural de la floresta, quién la mujer solícita que les servía un fuerte vino dulce y que me ofrecía, mirándome con ojos duplicados por las gafas, galletas recién horneadas. A mí me sentaban en un sofá profundo, como un abrazo de oso, frente a un espejo, un espejo extraño, alto e inclinado en la pared blanca, rugosa, como de corteza de pino. Entraban en la estancia dos niñas envueltas en risas y ligeros vestidos de algodón, con lazos y algo del cielo azul en los ojos mágicos. Revoloteaban sin mirarme, altivas pero infantiles, un tanto efímeras, apresuradas como si la hiedra del camino las esperase. Yo tampoco las miraba, porque para eso tenía la luna moteada del espejo inclinado, y el movimiento constante, como de alas agitándose, que iba despertando en mí la inquietud de no dejar de verlas, de no perderlas de vista, y el deseo de dibujarlas aunque fuera borrosas y confusas, en un lienzo todavía sin título. No encontraba palabras qué decirle a mi abuelo en el regreso, aunque la urgencia de hablar fuese mía y no suya, que caminaba silencioso, absorto, como quien va mirando a los pájaros. Pero la agitación en mi interior, extraña, desasosegante, me atascaba las ideas. Refugiado en la galería de Montederramo, a solas, me abandonaba a las imágenes, tan vívidas que suscitaban que los pensamientos viajasen rápidos, espoleado por la necesidad de volver a aquel salón, y contemplar, hundido en el sofá, bajo secreto de sumario, la danza enamoradiza, contra la que lucharía tantas veces en la vida, como quien fustiga a viva voz un molino de viento.

Volvería a Montederramo, cada vez, con la mirada en el sendero que, tras el monasterio, conducía a aquel lugar. Incluso, pasados los años, no podía sustraerme a caminar por la estrecha senda, sombreada por los castaños, con la punzante certeza de que asomarían

paseando, los mismos vestidos blancos, los mismos lazos, la misma sensación de que no cruzaría con ellas, ni una palabra.

Volvería, como cada diciembre, en las vacaciones de Navidad. Llovía intensamente cuando mi padre detuvo el coche ante la casa. En una de las ventanas del segundo piso, Sara nos veía llegar, impaciente por mostrarme las guirnaldas y las luces como carámbanos de nieve, feliz de regresar a Montederramo, feliz de tenerme allí, y de pegar juntos la nariz contra los cristales fríos de nuestra habitación, desafiando al invierno terrible desatado en torno. La lluvia la despertaba muchas veces por las noches, despertándome a mí, preguntándome si había oído un ruido en el desván, o abrirse una puerta en la planta baja. Pero aquella noche del cinco de enero nada la arrancó del sueño. Dormía cuando en mitad de la noche me desvelé, para contemplar lo que solo ven los insomnes.

Había llovido mucho por la mañana, hasta el mediodía. Recluidos en la casa, espabilábamos el tedio de las horas interminables con juegos inventados. También, desde la galería, clavábamos la mirada en la bruma enredada en los pinos, como detenida, como milenaria, esperando ver caballos salvajes en el sotobosque. Por la tarde, aburridos, permanecemos en el salón, al calor de la chimenea, atentos a la conversación de los adultos. El reloj de péndulo, amarillento por el tiempo que sin pausa desgranaba, acompañaba a la voz de mi abuelo. Anocheció muy temprano. Mi madre insistía en acostarnos. Sara saltaba sobre la cama. Nadie dormía. En las habitaciones rebullían las voces, los chismes de mis primas y mi hermana. Poco a poco, como un arrullo de los árboles, se hizo el silencio. Cada uno, entregado a sus sueños, olvidaba los cuentos de aparecidos aventados por mi abuelo. Desperté en mitad de la oscuridad, sin saber por qué. A mi lado, Sara dormía, y en el perfil tranquilo de su rostro no parecía ella. Salí al pasillo y, a través del ventanal, la noche se veía clara, como iluminada por una luz de hielo. Un roce imperceptible se oyó a mis espaldas. Un ligero resplandor iluminaba la pared del fondo. Corrí a refugiarme a la escalera, porque una sombra pareció avanzar desde la habitación

de la galería. Inmóvil, conteniendo la respiración, temeroso de ser visto, intenté cerrar los ojos, pero no lo hice. Me lo impidió una comitiva que lenta y silenciosa, avanzó de golpe por el corredor, se diría que, iluminados por la luna ascendente, crujientes los mantos turquesa, altivos los rostros oliváceos. Niños altos me parecieron, niños callados, de sonrisas ardientes como aire desértico, los pajes que desfilaban ante mí, como una estela, como la imagen de un óleo. Precedían a tres personajes magníficos, a dos de ellos solo los entreví entre los maderos del pasamanos, enguantadas las manos, con delicados destellos en las ropas largas. Flotaba en el ambiente una penumbra densa, como si observara la escena a través de múltiples veladuras. Mi corazón latía, desbocado entre la fascinación y el miedo, y casi sin respirar atisé la última figura, que ya casi pasaba ante mí. El rostro oscuro, como tallado, miraba al frente como los otros, una mirada de estatua, de rey mago en los mosaicos, y como si intuyese mi presencia asustada, se detuvo, y se giró removiendo el aire, ante mí. Me encararon los ojos milenarios, rutiló el joyel de su turbante, pareció alzar una mano bajo el manto carmesí. Mientras se inclinaba acercando el rostro, creí ver, donde estaría el techo del corredor, la noche con infinidad de estrellas, que se borró de inmediato, justo cuando dejó en mi mejilla, casi sin sentirlo, un beso.

Quise contemplarlos desde la ventana, verles partir, observarlos bajo la luz lunar, pero nada había en el atrio, únicamente un viento desapacible que barría las últimas hojas muertas. Y unos reflejos blancos y pálidos, acerados, de una farola solitaria. Tal vez una claridad en el sendero del bosque, que se extinguió en menos de un segundo, era lo que quedaba de la visión extraordinaria, quién sabe, o no fuese más, como en las leyendas, que un resplandor de luna.

Recuerdo de modo excepcional el amanecer siguiente, casi como si no hubiesen pasado los años. Sara tiraba de mí sacándome de un sueño pesado. La casa, fría, con el aire pasmado, se alborotaba, impaciente. Oí a mi padre subiendo las escaleras. Venía a buscarlos. Como mis tíos, como mi abuelo, olía a jabones de afeitarse.

La Toja. Mi abuela se quejaba de la humedad y... ¡Qué extraño! Hubo un momento en el que se acercó a mí y frotó mi mejilla izquierda, como si una mancha, una huella, enturbiase mi piel.

Dos días después cumplí nueve años, y cuatro meses más tarde murió mi abuelo. Apenas reconocí en el rostro cerúleo los rasgos severos de quien, sentado en sus rodillas, me preguntaba por el halcón. Poco antes de que se lo llevaran, sentí en el recuerdo mis paseos junto a él, su manera segura de llevarme de la mano, su áspero mentón, su mirada dura, como de raíz de árbol. En el cementerio se acercó a mi padre el hombre de la casa de la floresta. Le dijo unas palabras breves, y breve fue también el abrazo de hombre rústico. Reparó en mí, y, reconociéndome, puso su mano en mi cabeza. Se alejó de inmediato, a paso vivo. Nunca más volví a verle. Salí del camposanto junto a mi madre. Quise mirar atrás, a la bella luz de la tarde que iluminaba el panteón. Mi madre me conminó a seguir. Como el halcón, mi abuelo pertenecía ya al reino de la memoria.

Leonor, mi amada abuela, no quiso abandonar su casa. Ni instalarse siquiera con el tío Anselmo, su primogénito, allí mismo, en el pueblo. Nada sirvió para convencerla. Al alejarnos en el coche nos despidió desde el umbral, agitando una mano, y la vi más pequeña, más frágil, como si la mano oscura de la muerte también la hubiese tocado a ella, arañando su corazón.

La preocupación de mi padre nos hizo volver, con mucha frecuencia, a Montederramo. Inquieto por su madre, por la soledad en la que se desenvolvía su vida, desoía a mis hermanos, cada vez más reacios a recluirse en el pueblo. A sus pocos atractivos se sumaba también el ambiente opresivo de la casa, y un olor acre que flotaba en las escaleras, y en el pasillo hacia la galería. Yo lo notaba, sofocándome, y notaba la incomodidad de mis hermanos, de mis primos, que huían hacia el monasterio, donde podían hablar sin intromisión alguna, y beber cervezas entibias, sentados sobre las losas partidas, desgastadas, engatusados por la vida silvestre de las ruinas. No siempre les acompañaba, y no siempre me permitían

hacerlo, escapando de mí, para dar rienda suelta a sus instintos adolescentes. Igual que a ellos, a todos ellos, en quienes la vida pulsaba empujándolos hacia delante, y en cuyos cabellos largos el aire de la sierra dibujaba la ventura, también a mí el destino me reservaba un cambio, un golpe de veleta, que pondría punto y final a los veranos de Montederramo. Y lo hizo con aire teatral, como corresponde.

A pocas personas soportaba Leonor a su lado en los últimos meses. Cada vez más retraída, más silenciosa, pasaba gran parte del día en el huerto, o entre las cuidadas flores del pequeño jardín. Se retiraba enseguida, después de cenar, pidiéndole a mi madre que la acompañase al dormitorio. Es probable que se acentuase la complicidad entre ambas, y que mi abuela le contase, en confidencias, asuntos que no trató con ningún otro. Sin embargo, en una tarde estival que ya declinaba, me llevó caminando hasta la ermita de San Juan de Rosas. Permanecí sentado junto a ella mucho rato, en silencio, respetando sus oraciones, alumbrados por la luz de los cirios. Por la puerta entreabierta entraba frío, al que mi abuela parecía insensible, concentrado el gesto devoto, apretado el rosario entre los dedos. De pronto giró el rostro, abiertos los ojos, y se quedó inmóvil, escuchando. Quise hablar, pero me detuvo con un movimiento. Fui detrás cuando se levantó muy despacio y apoyándose contra el umbral me apretó contra su cuerpo, cubriéndome con el chal de sus hombros. Afuera estaba oscuro, quieto, congelado, pero los perfiles de los árboles se recortaban extrañamente nítidos, en una claridad muy débil que había aparecido, hacia la izquierda, arriba, en el camino. Con la mano temblorosa, mi abuela ceñía el chal contra mi rostro, sin que pudiera evitar que vislumbrara seis o siete paseantes nocturnos, lentos, envueltos en una bruma amarillenta, o en tenues luces, y que discurrían, alejándose, como flotando, como engullidos por la maleza, y hasta nosotros llegó un murmullo ininteligible, una letanía que estremecía.

Permanecimos sin movernos, clavados contra la pared de la ermita, y en mi mejilla el corazón de mi abuela latía desbocado. El

ulular de un ave nocturna se oyó de súbito, en lo profundo del bosque, y a lo lejos, en la aldea, aullaron los perros. En el resquicio que los árboles dejaban a la vista, asomó un trozo de luna, muy blanca, como si la noche abriese una pupila mineral.

No hablamos con nadie de aquella noche. Ni mi abuela me hizo alusión alguna a lo que vi a su lado. No superó el otoño. A finales de octubre, calló para siempre. En la casa se hizo un silencio que se cortaba a cuchillo. Desde la sierra avanzaban gruesas nubes grises empujadas por un viento tenaz. Los rosales marchitos se balanceaban sin rumbo. Disimulándose en una esquina del salón, mi madre lloraba. En la puerta de Montederramo, apoyada en el quicio, Sara miraba a lo lejos como quien mira al olvido. Quise hablarle y no pude. Porque al mirarme vi que ya no era ella, sus ojos de niña se quedaron en la noche gris de Montederramo, y un golpe de luz los volvió adolescentes en un segundo. Tampoco ella volvería a dormir junto a mí, y su corazón, entre mis manos, no volvería a latir como un pájaro.

